

La exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* y una propuesta de lectura de algunas afirmaciones del orden moral

Resumen: La Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* del papa Francisco presenta temas de orden moral desde un núcleo teológico: el misterio de la Cruz gloriosa y su fuerza atrayente. De allí que, para que el mensaje moral sea evangelizador, debe anunciar desde la mirada puesta en él a fin de que, atraídos desde la fe, el mensaje interpelante de su amor transforme a la sociedad. Sólo desde el Crucificado, por la fuerza del Espíritu Santo, es posible conocer y testimoniar el anuncio moral, transformar la sociedad y dar, finalmente, gloria al Padre.

Palabras clave: Cruz gloriosa, evangelización, moral y anuncio, transformación de la sociedad, Doctrina Social de la Iglesia.

Abstract: The Apostolic Exhortation *Evangelii Gaudium* of the Holy Father Francis introduces moral topics from a theological nucleus: the mystery of the glorious Cross and its attractive power. In order to evangelize, the moral message must announce setting our sight on it, so that attracted by Faith the exhorting message of its love can transform society. Only from the Crucified and with the strength of the Holy Spirit, it is possible to learn and give testimony of the moral announcement, transform society and, therefore, glorify the Father.

Keywords: Glorious Cross, evangelization, moral and announcement, society transformation, Social Doctrine of the Church.

La exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* del papa Francisco¹ es, como expresamente lo afirma, un texto programático de su pontificado². Allí propone “que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera [...]”³. El objetivo último de la exhortación es abrir una nueva etapa en la Evangelización⁴. Para ello, nos recuerda e insiste que se trata de volver a animar una Iglesia “en estado permanente de misión”⁵.

¹ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. Sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, 24 de Noviembre de 2013, Edición de la Conferencia Episcopal Argentina, Oficina del Libro, 2013 (en adelante EG).

² EG 25: “No ignoro que hoy los documentos no despiertan el mismo interés que en otras épocas, y son rápidamente olvidados. No obstante destaco que lo que trataré de expresar aquí tiene un sentido programático y consecuencias importantes”.

³ EG 25.

⁴ EG 1.

⁵ Con cita de Pablo VI en la Carta Encíclica *Ecclesiam suam*, 3: EG 25.

No es, en consecuencia, esta exhortación un texto de moral, ni debemos buscar en ella un desarrollo que aborde sistemáticamente esta específica cuestión. Sin embargo, y desde perspectivas distintas, su contenido está impregnado de un conjunto de afirmaciones vinculadas al orden epistemológico moral que pretendemos analizar en este trabajo. La primera y fundamental aseveración radica en la responsabilidad de los cristianos en asumir este don de Dios a la Iglesia, es decir, sentirnos interpelados para ponernos en camino de acuerdo a su invitación de evangelizar con alegría⁶. Propone, en segundo lugar, desde ángulos diversos de enfoque a lo largo del texto, asuntos de moral vinculados al objeto de la exhortación. Uno, estrechamente vinculado al anuncio evangelizador que contiene afirmaciones del campo de la moral. Otro, referido al impacto social del anuncio moral.

No puede obviarse, en este punto de la reflexión, la impresión que deja su primera lectura: un conjunto de afirmaciones diversas en calidad y cantidad; una serie de temas que en ocasiones se hace difícil conjugar desde un eje teológico claro e integrador. En una palabra, el lector tiene la sensación de situarse ante un texto fragmentario que ofrece un conjunto variado de temas eclesiales, relacionados de alguna manera con la necesaria renovación de la Iglesia para la evangelización. Impresión que llega a un punto tal, que hace emerger el riesgo de que su interpretación sea parcial o trate de recoger, para distintos lectores, aquellos aspectos que tal vez mejor satisfagan los propios puntos de vista o las expectativas personales⁷.

Sin dilación, debemos decir que sólo es la primera impresión. En realidad, el texto participa de una unidad interior que permite una lectura teológica e integradora, a partir de un principio enunciado ya desde el inicio. Dice así: "El Evangelio, donde deslumbra gloriosa la Cruz de Cristo, invita insistentemente a la alegría"⁸. En otras palabras, en el misterio de la cruz gloriosa, razón de la alegría y fuerza interior de la evangelización, se nos invita a considerar cada una de las cinco partes en las que se divide la exhortación para articular al conjunto y sacar de cada una de sus afirmaciones el sentido preciso.

Mi propósito es considerar los principales aspectos morales del documento desde su clave de lectura teológica, que es el misterio de la Cruz. Por lo tanto, de manera previa y con el propósito de extraer la riqueza de dicho

⁶ Cf. J. MIMÉAULT, *Evangelii Gaudium*. Quelle morale pour l'évangélisation?, texto inédito de próxima publicación.

⁷ Cf. F. MACERI, *Il crocifisso Risorto in mezzo a noi: cuore pulsante della Evangelii Gaudium e del magistero di Francesco*, texto inédito de próxima publicación.

⁸ EG 5. Cf. F. MACERI, *Il crocifisso Risorto in mezzo a noi*.

núcleo teológico, me valdré de un estudio exegético del texto de *Jn 12, 31-36* referida a la exaltación del Hijo del hombre⁹. Entiendo que aquí se interpreta con claridad el sentido teológico de la gloria que emana de la Cruz de Cristo. En efecto, el evangelista mira desde las palabras y los gestos de Jesús el acontecimiento de su elevación en la Cruz o de la exaltación del Hijo del hombre, con todas las consecuencias que tiene para la fe. En el texto citado, él interpreta de modo anticipado qué es lo que suscitará –en quienes pongan en ella su mirada– el misterio de la Cruz gloriosa (cf. *Jn 19, 37*). Nos parece oportuna esta manera de colocar en su justa perspectiva el posterior análisis de los textos morales, porque el papa Francisco insiste en la centralidad del Evangelio: allí está Cristo¹⁰ y es en él en quien radica la fuente del amor siempre mayor y la evangelización. La centralidad de Cristo, además, permite en materia moral retomar en un contexto adecuado la precisa expresión de Benedicto XVI para la ética: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello una orientación decisiva”¹¹.

No es la ética la que nos lleva a Cristo y nos hace cristianos; es el encuentro con él lo que nos abre a una vida nueva, que nos permite caminar en la luz como hijos de la luz¹². Centralidad de Cristo, Evangelio viviente, que en el texto de la exhortación apostólica está presentado, ya lo vimos, en la Cruz gloriosa del Gólgota. Es la clave teológica interpretativa del documento.

Vamos a trabajar, como lo indicamos, (1) un sucinto análisis del texto de *Jn 12, 31-36*. Con algunas conclusiones de mayor relevancia (2) indagaremos en los pasajes de la exhortación *EG* que nos parecen de mayor expresividad moral, para observar su vinculación con el referido núcleo teológico, articular sus afirmaciones y encontrar su sentido profundo.

1. “Atraeré a todos hacia mí” (*Jn 12, 32*)

Después de la unción en Betania (12, 1-11), Jesús entra en Jerusalén aclamado mesiánicamente (12, 12-19). Luego –siempre en el relato joánico–, unos griegos que habían subido para la fiesta expresan el deseo de verlo

⁹ I. DE LA POTTERIE, *L'esaltazione del Figlio dell'uomo*, en *Studi di cristologia Giovannea*, Genova, Marietti, 1986, pp. 110-123.

¹⁰ *EG 11*: “Cristo es el ‘Evangelio eterno’ (*Ap 14, 6*), y es ‘el mismo ayer y hoy y para siempre’ (*Hb 13, 8*), pero su riqueza y su hermosura son inagotables”.

¹¹ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, 2005, 1; *EG 7*.

¹² Cf. *Jn 12, 36*.

(12, 20-22). En dicha ocasión, pronuncia un gran discurso donde revela el sentido de la hora (12, 23-36) que sus oyentes no comprenden (vv. 29 y 34). De este modo, Jesucristo, ya pocos días antes del cumplimiento de “la hora”, quiere revelar el significado oculto de su muerte cercana, acontecimiento que será de profunda conmoción para sus discípulos y que en el designio del Padre –epifanía del misterio– constituye su exaltación por la glorificación que recibirá¹³. Por tal motivo, nos interesa ahora poner nuestra mirada en el v. 32 del texto evangélico. El mismo integra un díptico con el v. 24: “Les aseguro que si el grano de trigo caído en tierra no muere, queda solo; pero si muere da mucho fruto” (v. 24). El versículo 32 expresa: “Cuando yo sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”. Pero conviene citarlo en su contexto: “³¹Ahora comienza el juicio de este mundo y el príncipe de este mundo será expulsado. ³²Cuando yo sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí³³ –lo decía indicando de que muerte iba a morir”.

Podemos sintetizar, entonces, el mensaje de Jesús diciendo que, allí donde el grano había caído, el Hijo del hombre es levantado y que la abundancia del fruto estará en él mismo porque desde lo alto de la Cruz atrae a todos hacia sí.

¿Qué significa entonces, el misterio anunciado de la exaltación en el contexto del discurso? Según el evangelista, cuando Jesús es elevado en la Cruz es constituido Rey y Señor; se realiza la entronización propia de su condición y razón del señorío sobre los suyos, reyecía y señorío desde el cual les comunica su Espíritu y el don de la vida¹⁴. Jesús se presenta, entonces, en perspectiva real y soteriológica. Lo primero, porque revela paradójicamente la gloria de Dios¹⁵; lo segundo, porque ejerce desde la Cruz una fuerza misteriosa de atracción para salvar al hombre, constituyéndose en Señor de todos los que creen en él. He aquí los dos aspectos del misterio: la realeza por la que en la Cruz, Jesús es el Señor de la vida; vida que reciben en abundancia todos aquellos que, poniendo la mirada en él, creen¹⁶.

Ahora ahondaremos en el sentido de la expresión emergente: “atraerá a todos hacia sí”. Dicha referencia es de importancia porque consta en distintos lugares de la *Evangelii Gaudium*. Desde lo alto, el Crucificado ejerce una

¹³ I. DE LA POTTERIE, *L'esaltazione del Figlio*, p. 113.

¹⁴ I. DE LA POTTERIE, *L'esaltazione del Figlio*, pp. 118-119.

¹⁵ Cf. A. CHENDI, *La Cruz gloriosa, revelación de Dios que es Amor*, en R. Tremblay, S. Zamboni (dirs.), *Hijos en el Hijo. Una teología moral fundamental*, EDUCA, Buenos Aires, 2009, pp. 129-147.

¹⁶ I. DE LA POTTERIE, *L'esaltazione del Figlio*, p. 119.

fuerza atractiva revelando el misterio de su persona, la verdad de su condición filial y así la del hombre, junto al sentido de su obra de salvación y el amor del Padre¹⁷. No se trata de la comunicación de una verdad funcional¹⁸, sino del don de su Persona que dado al hombre hace de éste un hijo en el Hijo. Así lo insinúa el documento:

“[...] este camino de respuesta y de crecimiento está siempre precedido por el don, porque lo antecede aquel otro pedido del Señor: ‘bautizándolos en el nombre...’ (Mt 28,19). La filiación que el Padre regala gratuitamente y la iniciativa del don de su gracia (cf. Ef 2, 8-9; 1Co 4, 7) son la condición de posibilidad de esta santificación constante que agrada a Dios y le da gloria”¹⁹.

La respuesta libre al don será el acto de fe, el asentimiento a la verdad que es revelada. De la contemplación que nace de la fe²⁰, además, brota una realidad nueva: los hombres son establecidos en una identidad escatológica, en una familia nueva, en pueblo mesiánico. Juan es generado como hijo de María al pie de la Cruz y María como Madre suya y de toda la humanidad; es el ejemplo primero y mayor²¹.

En la exhortación EG, deslumbra gloriosa la Cruz del Señor; su anuncio es interpelante y atrae; quien se deja atrapar por la mirada puesta en ella no puede dejar de ver la luz que irradia y transforma al vidente. Así lo dice el documento al inicio, para reiterarlo más adelante como misterio de Dios “que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado”²² y en él suscitó una novedad. En el anuncio que brota de la Cruz resplandece la eterna novedad del Señor²³. Citando a san Ireneo, dice que: “[Cristo] en su venida, ha traído consigo toda novedad”²⁴. En ella nos renueva, nos sorprende con una constante creatividad divina que hace presente la frescura del Evangelio, caracterizando a la evangelización como un quehacer siempre re-

¹⁷ Cf. Jn 3, 14-16; 8, 28.

¹⁸ Cf. R. TREMBLAY, S. ZAMBONI, *Hijos en el Hijo*, pp.136-137.

¹⁹ EG 162.

²⁰ Cf. Jn 19, 37.

²¹ Cf. Jn 19, 26-27.

²² EG 11.

²³ Terminología que nos introduce en el lenguaje de san Pablo: Cf. X. LEÓN DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona, Herder, 1985, pp. 595-598.

²⁴ *Adversus haereses*, IV, c. 34; EG 11.

novado y renovador²⁵. Por lo cual, evangelizar nos solicitará que volvamos a poner la mirada en Cristo, brindando a su presencia el espacio necesario para que sea su eterna exaltación la que siga ejerciendo fuerza atractiva. No provocamos nosotros la novedad, sino que ella se nos comunica desde la Cruz para irradiarla con su potencialidad hasta los confines.

2. La dimensión moral desde la fuerza atrayente de la Cruz

El misterio atrayente de la Cruz gloriosa tendrá un desarrollo propio en moral. ¿Qué se quiere decir? ¿Por qué introducimos a la mencionada temática como un peculiar camino de evangelización? Para entenderlo, volvemos al texto de *Jn* 12, 35-36, habiendo hecho nuestra la relación del texto joánico con la exhortación apostólica, es decir, que la evangelización procede desde la fuerza de la atracción del Señor. No puede ser ajeno a su dinamismo el anuncio moral: la comunicación de la verdad moral debe participar en su específica naturaleza, esto es, irradiar el “esplendor de la verdad”²⁶.

Siguiendo el texto de san Juan, que hemos recorrido hasta el anuncio que el mismo Jesús hace del sentido de “la hora”, dice el evangelista que los oyentes no habían comprendido lo que Jesús les había dicho (v. 34). Por ello, en razón de dicha ceguera, los exhorta una vez más a ver en él la luz –solicitud dramática para que la fe sea suscitada– y caminar en la luz (vv. 35-36).

En el antiguo Testamento, *caminar* tiene un claro sentido moral; así también lo interpretaba el judaísmo. Se trata de la conducta que correspondía asumir por razón de la observancia de la Ley²⁷. No es esa, sin embargo, en el evangelista, la comprensión emergente. “Caminar en la luz” no es para Jesús una expresión específicamente moral, sino la novedad del cristiano como vida en la fe, ser hombre de fe porque en ella se vive, se “camina en la luz”. Es la condición necesaria para ser “hijos de la luz”: “Mientras tengan luz, crean en la luz y serán hijos de la luz” (v. 36).

En breve: Jesús llama desde la Cruz, invitándonos a mirarla para creer en él y así acoger la verdad de su misterio personal. Quien es engendrado en la fe por el bautismo, nace a una vida nueva para permanecer en ella (cf. *Jn* 8, 31), o dicho de otro modo, es constituido en hijo de la Luz, en hijo de Dios.

²⁵ Cf. EG 11.

²⁶ Como es sabido, es el título que Juan Pablo II dio a la encíclica sobre la temática de moral fundamental, del 6 de agosto de 1993.

²⁷ I. DE LA POTTERIE, *L'altazione del Figlio*, p. 122; X. LÉON DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica*, voz: “camino”.

La vida moral no hará más que expresar el dinamismo cotidiano de todos aquellos que, permaneciendo en la fe, son hijos de la luz y lo testimonian con sus conductas: se comportan como tales.

2.1. *El anuncio de la verdad moral*

El anuncio que procede de la Cruz gloriosa suscita la fe y nos constituye en hijos de la luz. ¿Cómo anunciar para la vida moral, entonces, la novedad atrayente del Crucificado, de modo que ella también se adecue al modo propio de la evangelización? ¿Cómo comunicar la verdad moral para que su mensaje tenga la fuerza salvífica que brota del misterio de la Cruz gloriosa? Este es un punto que preocupa al papa Francisco, por lo que se detiene ahora en él, comenzando por reflexionar en la comunicación del mensaje moral. Es imprescindible para su apropiación creyente, que sea transmitido, anunciado “desde el corazón del Evangelio” (cap. I, III). De procederse de otro modo, se comunica mal:

“De ahí que algunas cuestiones que forman parte de la enseñanza moral de la Iglesia, queden fuera del contexto que les da sentido. El problema mayor se produce cuando el mensaje que anunciamos aparece entonces identificado con esos aspectos secundarios que, sin dejar de ser importantes, por sí solos no manifiestan el corazón del mensaje de Jesucristo” (EG 34).

El esfuerzo consiste en presentar el anuncio moral con toda su fuerza atractiva, precisamente porque nace de la Cruz de Cristo. Lo cual sucede al momento en que

“el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo, lo más necesario. La propuesta se simplifica sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante”²⁸.

Proponerlo desde la fuerza de atracción del Crucificado es poner ante los ojos del hombre “la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado”²⁹. No dejamos de observar cómo, al modo de

²⁸ EG 35.

²⁹ EG 36.

un tejido que requiere de puntos integradores, vuelve a presentarse el núcleo teológico desde el cual se anuda la totalidad, ahora en un contexto moral. Ya lo había afirmado el decreto conciliar *Unitatis redintegratio* 11, aquí citado: la verdad debe ser anunciada siempre y en todos sus aspectos de acuerdo a la jerarquía de la verdad, en la que Cristo muerto y resucitado es la primera y personal aseveración. En el misterio de su Persona, ninguna verdad emergente del don de sí puede ser negada. Hacerlo significaría mutilar la verdad que atrae, sería no poner la mirada en quien debe ser puesta, fraccionar la integralidad del mensaje haciéndole perder su frescura y “olor a Evangelio”³⁰.

Desde la fuerza atrayente del anuncio en su totalidad y belleza que es –insistimos– la de una Persona, la respuesta es el amor de una persona que se entrega de un modo análogo al de la llamada y en razón de su potencia atrayente.

“El Evangelio invita ante todo a responder al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos [...] Todas las virtudes están al servicio de esta respuesta de amor. Si esa invitación no brilla con fuerza y atractivo, el edificio moral de la Iglesia corre el riesgo de convertirse en un castillo de naipes, y allí está nuestro peor peligro” (EG 39)³¹.

Ahora bien, en la labor evangelizadora el mensaje que proviene de la Cruz requiere de la mediación del evangelizador, con sus límites de lenguaje e inmerso en las condiciones concretas de su situación. Ello afecta la fuerza atractiva de la Verdad por los “velamientos” que, inevitablemente, introduce aquel que anuncia. Por eso, todo el que asume la proclamación del mensaje debe siempre tratar de mejorar el modo de anunciarlo, lo que se produce por la creciente fidelidad al Evangelio que entrega. Acogidos por la Luz y caminando en ella, el evangelizador será testigo dócil de lo que dice. Si bien la perfección no es posible, sabe “[...] que él mismo tiene que crecer en la comprensión del Evangelio y en el discernimiento de los senderos del Espíritu”³², dejarse modelar un corazón de evangelizador. Por eso:

“Un corazón misionero sabe de esos límites y se hace “débil con los débiles [...] todo para todos” (1Co 9,22). Nunca se encierra, nunca

³⁰ Cf. EG 39.

³¹ La cursiva es nuestra.

³² EG 45.

se repliega en sus seguridades, nunca opta por la rigidez autodefensiva" (EG 45).

2.2. "Mirarán al que traspasaron" (Jn 19, 37)

El anuncio moral toca a la sociedad en su conjunto, porque a todos se ofrece la visibilidad del Crucificado. En efecto, constatado el "lugar" desde el cual se anuncia, señalados los límites del testigo y sus exigencias, la exhortación apostólica invita a adentrarse en la realidad vital y cotidiana del hombre: su vida social. El anuncio impacta en la sociedad, ya que "en el corazón del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros"³³. Su penetración toca, por la acción del Espíritu, el corazón del hombre abierto a la trascendencia, y lo embebe de aquello que comunica: la caridad de Dios. Aquí está su centro y objetivo.

"La aceptación del primer anuncio, que invita a dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás" (EG 178).

Tres aspectos señalamos particularmente en esta dimensión social de la moral. Ante todo, EG corrobora su fundamento y su fuerza: es el Espíritu Santo que sale del costado abierto del Señor. Su presencia y el dinamismo de su acción serán la garantía de la comunión y, en ella, razón de fecundidad y de paz en la sociedad. La diversidad necesita siempre de la acción de reconciliación que no es posible sin la asistencia del Espíritu Santo; "sólo él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad"³⁴. Así es en la realidad de la Iglesia como en la sociedad en general. Cuando Dios nos atrae, lo hace considerando la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana, de manera que nadie se salva solo ni por sus propias fuerzas, ni tampoco sin la fuerza de la comunión recíproca, del encuentro con los demás³⁵.

En segundo lugar, delinea algunos trazos sobre cómo se plasma desde la fuerza de atracción de la Cruz, el bien común social propio de toda comu-

³³ EG 177.

³⁴ EG 131.

³⁵ Cf. EG 113.

nidad organizada. Es novedoso el tratamiento que, en este punto, ofrece la exhortación. Recurre a cuatro principios vinculados al bien común y conducentes a la paz social: el tiempo, la unidad, el principio de realidad y el de totalidad. Son principios próximos a la *Doctrina Social de la Iglesia*, aunque el texto los presenta de manera original. En cuanto tales, requieren, para ser asumidos, de la previa conversión personal y social.

La comunidad articulada en los principios referidos, seguirá el proceso que nuestro documento describe del siguiente modo:

“Recordemos que ‘el ser ciudadano fiel es una virtud y la participación en la vida política es una obligación moral’. Pero convertirse en *pueblo* es todavía más, y requiere un proceso constante en el cual cada nueva generación se ve involucrada. Es un trabajo lento y arduo que exige querer integrarse y aprender a hacerlo hasta desarrollar una cultura del encuentro en una pluriforme armonía” (EG 220).

En primer lugar, el tiempo superior al espacio, por la pedagogía con la cual Dios actúa en la historia de la salvación (cf. *Jn* 5, 17; 6, 28-29) y el modo en el cual procede por la acción del Espíritu Santo (cf. *Jn* 16, 12-13; EG 225). En la tensión bipolar entre la plenitud y el límite³⁶, el tiempo domina el espacio porque la sociedad se desarrolla bajo la prioridad de su realidad escatológica respecto de la realidad del espacio. Toda ella, caracterizada por su ubicuidad, está inmersa en el tiempo nuevo, tiempo en el cual el hombre y la creación participan de la fuerza recapituladora del Cristo glorioso. En el acaecer histórico, implica privilegiar la creatividad de la iniciativa social, capaz de incluir a personas y a grupos nuevos en el tejido comunitario. Es la lógica de la integración, que desestima la siempre posible fragmentación y la primacía del poder de algunos en perjuicio de la presencia personal de todos³⁷.

El principio de la unidad desde el cual se resuelve el conflicto –siempre presente en la historia de la humanidad– que debe ser aceptado en su inevitabilidad, pero en orden a ser resuelto y transformado en vida nueva³⁸. La unidad no puede ser otra sino la que brota de la fuerza de atracción de la Cruz por la sangre derramada (cf. *Col* 1, 20) y el Espíritu Santo hace vida en los hombres³⁹.

³⁶ Cf. EG 222.

³⁷ Cf. EG 222-225.

³⁸ Cf. EG 227.

³⁹ Cf. EG 229-230.

El Hijo de Dios se encarnó y dio su vida por nosotros. Este es el principio de la realidad fundante de toda vida social que sostiene la primacía de la persona, realidad en la cual toda idea encuentra consistencia; nunca de manera inversa. “El criterio de realidad, de una Palabra ya encarnada y siempre buscando encarnarse, es esencial a la Evangelización”⁴⁰.

El último de los principios indica que el todo es superior a la parte, sin que ello signifique desconocerla, sino como modo de integrarla:

“Siempre hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos [...]. Es necesario hundir las raíces en la tierra fértil y en la historia del propio lugar, que es un don de Dios. Se trabaja en lo pequeño, en lo cercano, pero con una perspectiva más amplia. Del mismo modo una persona que conserva su peculiaridad personal y no esconde su identidad, cuando integra cordialmente una comunidad no se anula, sino que recibe siempre nuevos estímulos para su propio desarrollo. No es ni la esfera global que anula, ni la parcialidad aislada que esteriliza” (EG 235).

El Evangelio tiene un criterio de totalidad, que le es propio, de manera que busca fecundar y sanar a todo hombre y a todos ellos, para integrarlos en la mesa del Reino. No termina de ser buena noticia hasta que no es anunciada a la humanidad⁴¹.

Con estas características, los cuatro principios constituirán los ejes articuladores de la vida social, en la cual está constantemente presente la preocupación por resolver las cuestiones vinculadas a la pobreza y sus causas estructurales, así como para detenerse ante la miseria concreta que encontramos en nuestro camino⁴². Es una opción preferencial que signa el desarrollo social, porque se funda en la fe en el Hijo de Dios que se hizo hombre (Fil 2, 6), haciéndose pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza⁴³. Acción conducida por el Espíritu Santo y encarnada en decisiones que enfrentan problemas fundamentales del desarrollo social, y se traduce en gestos simples que edifican la cotidianeidad.

⁴⁰ EG 233.

⁴¹ Cf. EG 237.

⁴² Lc 10, 25-37; EG 188.

⁴³ EG 198.

La economía no puede ser el motor del desarrollo social, ni la fuerza del mercado la razón de su progreso⁴⁴. Más bien, ella debe integrarse en la perspectiva de la mejor administración posible de una casa común a favor del conjunto de los habitantes que conforman la familia⁴⁵. En una sociedad en la que conviven miembros en distintas condiciones personales, la gestión del bien común pide una atención prioritaria hacia quien se encuentra en una situación más difícil. La justicia distributiva tiene como razón de aplicación la preocupación por quien está en situación de desigualdad por su “fragilidad”. En este sentido, la luz del Evangelio recuerda la específica identificación de Jesucristo con los más pequeños (cf. *Mt* 25, 40). Por eso:

“¡Qué hermosas son las ciudades que superan la desconfianza enfermiza e integran a los diferentes, y que hacen de esa integración un nuevo factor de desarrollo! ¡Qué lindas son las ciudades que aún en su diseño arquitectónico, están llenas de espacios que conectan, relacionan, favorecen el reconocimiento del otro!” (*EG* 210).

Un tercero y último aspecto de esta dinámica evangelizadora que también abreva en el Crucificado y presenta un rostro moral, está vinculado a la razón última del ordenamiento social. La Cruz gloriosa que nos atrae, ¿hacia dónde conduce? Si la mirada del quehacer social nace de la contemplación de Cristo Crucificado, no puede no acabar –en un sentido de culminación– en su gloria, que es la del Padre. La gloria del hombre, que se irradia en la concreta comunidad en la cual vive, es la gloria del Padre.

“Este es el móvil definitivo, el más profundo, el más grande, la razón y el sentido final de todo lo demás. Se trata de la gloria del Padre que Jesús buscó durante toda su existencia. Él es el Hijo eternamente feliz con todo su ser ‘hacia el Padre’ (*Jn* 1, 18) [...]. ‘La gloria de mi Padre consiste en que deis fruto abundante’ (*Jn* 15, 8). Más allá de los que nos convenga o no, nos interese o no, nos sirva o no, más allá de los límites pequeños de nuestros deseos, nuestra comprensión y nuestras motivaciones, evangelizamos para la mayor gloria del Padre que nos ama” (*EG* 267).

⁴⁴ Cf. *EG* 202-203.

⁴⁵ Cf. *EG* 206.

El Espíritu Santo será el artífice de la vida moral por la lógica de la atracción que plantea la exhortación apostólica. Es necesaria una creciente disponibilidad a él, ya que nos conduce de modo propio, inaferrable, indisponible al solo modo racional. “El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere [...]”⁴⁶.

“Es verdad que esta confianza en lo invisible puede producirnos cierto vértigo: es como sumergirse en un mar donde no sabemos que vamos a encontrar. [...] Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!” (EG 280).

Conclusión

Emerge con llamativa claridad del texto de *Evangelii Gaudium* que, tanto el anuncio moral cuanto la vida que brota de la fe para persona y la construcción social, abrevan en el misterio del Cristo glorioso que se revela y así nos llama. Es el misterio de la Cruz gloriosa quien da este resplandor al mensaje. La belleza del mensaje moral está en el Crucificado, y es el Espíritu Santo quien desde el costado abierto nos comunicará la verdad filial, para constituirnos en ella y enviarnos. Cautivados por el amor de Dios, contagiamos a los demás el amor de Dios, testimoniándolo y haciéndolo visible también en el anuncio moral y la construcción de la sociedad.

Luis ANAYA

Recibido: junio de 2014/ Aceptado: agosto de 2014

⁴⁶ EG 279.